

“Un acierto editorial, que enriquece la comprensión en español de la recepción del pensamiento heideggeriano, lo representa la traducción de los primitivos escritos de Herbert Marcuse *Contribuciones a una fenomenología del materialismo histórico* (1928) y *Sobre filosofía concreta* (1929), precedidos de una precisa e inteligente introducción de su traductor, José Manuel Romero Cuevas. En ellos se recoge una de las primeras reacciones conocidas a la publicación de *Ser y tiempo* de Heidegger (1927), que destaca, no sólo por la rápida percepción de la importancia de la obra, sino por el atractivo intrínseco de su interpretación. Marcuse, que intentó infructuosamente habilitarse con Heidegger en Friburgo, adonde acudió impresionado por la lectura de dicha obra, realiza la que posiblemente es la primera aproximación marxista al pensamiento del filósofo alemán. En ella Marcuse no se limita a subrayar en la analítica existencial los aspectos más susceptibles de ser acogidos por la crítica marxista, como el primado de la inserción práctica en el mundo sobre la teórica o la historicidad de la existencia, sino que intenta una peculiar síntesis entre fenomenología existencial y marxismo, capaz de vivificar la rigidez cientificista de éste y superar la abstracción ontológica de aquélla. Sorprende en ambos textos marcusianos la temprana comprensión del significado de la ontología existencial y su, en general, nada tendenciosa interpretación, pero, sobre todo, la madurez de su juicio, que recibe el pensamiento de Heidegger de modo vivo, apropiándose creativamente e integrándolo en un proyecto propio que lo utiliza libremente. La impresión que *Ser y tiempo* causó en Marcuse no se producía sobre una mente juvenil más o menos virgen –lo que le distingue de otras reacciones contemporáneas similares ante el impacto de Heidegger (Gadamer, Arendt, Löwith)–, sino en una conciencia filosófica que tenía ya un horizonte marxista explícito y problemas concretos que resolver. Por ello resulta muy revelador el sincero elogio que Marcuse dirige a *Ser y tiempo*: «Nos parece que este libro significa un momento crucial en la historia de la filosofía: el punto en que la filosofía burguesa se disuelve desde dentro y deja el camino libre para una nueva ciencia “concreta”». La discusión sobre el grado de concreción histórica que el análisis de la existencia permite es la cuestión abierta en la que incide la crítica de Marcuse. El anclaje que el pensamiento heideggeriano efectúa en la existencia concreta y en su historicidad constitutiva es percibido por Marcuse, en principio, como un claro progreso del pensamiento fenomenológico. Resulta interesante constatar que las referencias de *Ser y tiempo* a la comunidad y al destino común, posteriormente tan controvertidas, no suscitan en el joven filósofo recelo alguno, sino que son positivamente valoradas precisamente como aquello que «ha hecho avanzar su investigación radical al punto más extremo al que la filosofía burguesa ha llegado y en todo caso puede llegar». Y si no va más allá es justamente porque no saca todas las consecuencias de esta dimensión colectiva de la existencia y sigue aferrado a una concepción individual de ella, a la que Marcuse opone la afirmación tajante de que «la persona individual no es la unidad histórica *Dasein*», sino que la «unidad histórica concreta es siempre una *sociedad*». Por ello, en la lectura, básicamente positiva, de la resolución que abre la existencia «propia», el reproche que Marcuse realiza es que esa ruptura que revoca el pasado y que se apropia de la existencia «es remitida al *Dasein* solitario, en vez de remitirla a la resolución de la acción», una acción que transforme y reconfigure todo el espacio público; de ahí que «en el marco de la ruptura efectuada por el marxismo hacia la concreción práctica» la resolución existencial haya de ser entendida como «teoría de la revolución». Pero la objeción más decisiva que Marcuse pone en juego, anticipando lo que será la crítica clásica de la Escuela francfortiana, es la limitación insuperable que, a su entender, lleva consigo la posición *ontológica* de la fenomenología existencial: ésta no supera la abstracción propia de la ontología, de modo que los conceptos existenciales

siguen dependiendo del tradicional esencialismo del «en cuanto tal»; pretenden exponer algo así como la «existencia en cuanto tal», concepto que se vuelve necesariamente vacío y contradice la llamada existencia a la concreción. La consecuencia esencial del planteamiento ontológico es la imposibilidad de rendir justicia a la concreción de la existencia. El razonamiento de Marcuse es claro: la fenomenología, que está obligada a dar la palabra a las cosas mismas, tiene que abrirse, cuando éstas son esencialmente históricas, a la situación histórica en que se dan; y eso significa mostrar lo que Marcuse llama la «constitución material de la historicidad», es decir, el nivel de concreción descubierto por Marx: las formas concretas de producción y reproducción de la existencia. «Precisamente esa concreción última –añade Marcuse– es la prestación del método dialéctico». Por ello, el esbozo de una «fenomenología dialéctica» constituye el proyecto último de estos ensayos primitivos de Marcuse, un proyecto que apunta a lograr esa filosofía concreta que constituyó el anhelo de toda una generación y a la que Marcuse supo darle, con una precocidad admirable, una figura que todavía hoy mantiene despierto el interés.”

Ramón Rodríguez

Catedrático de Filosofía

en la Universidad Complutense (Madrid)

(extracto de su artículo: “Exégesis y diatribas”, en *Revista de Libros*, Madrid, diciembre 2010, nº 168, pp. 24-5). <http://www.revistadelibros.com>